LOS DEMONIOS DE DIANE

Mientras exhalo el que conjeturo que será mi último suspiro, mi mente viaja hasta el momento en el que todo empezó, el momento que marcó el comienzo de mi final, aquella mañana de mayo…

El irritante sonido del despertador me sacó de golpe del profundo sueño en el que estaba sumida. Permanecí tumbada en mi cama durante unos segundos, mirando al techo, pensando en el duro día que tenía por delante hasta que, finalmente, decidí que debía levantarme y comenzar a arreglarme si no quería llegar tarde al trabajo.

Aproximadamente media hora después, salí del edificio a toda prisa, esperando que no hubiera tráfico, pues me había demorado más de lo normal en desayunar. Aquel día, el mundo parecía estar en mi contra; llovía a cántaros, por lo que mucha más gente de lo habitual había cogido el coche. El trecho que separaba mi pequeño apartamento del hospital en el que trabajaba era bastante largo y, en días como aquel, fácilmente podía llevarme una hora recorrerlo. Últimamente, las personas utilizaban menos el transporte, ya que muchas habían comenzado a trabajar desde su casa. No obstante, la concentración de vehículos seguía siendo excesiva. Esto se debía, en parte, a que ya casi nadie empleaba el transporte público para moverse por la ciudad; a gran parte de la población le aterrorizaba la idea de contagiarse del virus que tanto amenazaba su salud. Claro está que esto no era aplicable a todo el mundo, ya que me resultaba difícil creer que toda esa gente que estaba sentada al volante de su coche tuviera una razón de peso para salir de su casa, poniendo en riesgo su bienestar. Por no hablar de la multa que podía caerle a una persona si rompía el confinamiento sin justificación.

Cuando llegué, me apresuré a ponerme el equipo de protección contra el COVID-19 y me preparé, física y mentalmente, para comenzar el largo día que me esperaba. Me dirigí a la UCI, donde me esperaban mis pacientes más graves. Tuve que detenerme durante unos segundos en la entrada antes de decidirme a pasar, pues, si ya era bastante duro tener que ver a toda esa gente en camas de cuidados intensivos, lo era todavía más cuando ni siquiera tenían una camilla en condiciones, sino unos lechos improvisados que habíamos tenido que preparar debido a que el número de pacientes superaba, por mucho, al número de catres.

En primer lugar, me dirigí al sitio donde descansaba Darío Garrido. Era un hombre de avanzada edad, a sus ochenta y tres años, el más longevo de mis pacientes. También era el que más tiempo llevaba ingresado. Cuando llegó, nadie sabía cuál era su diagnóstico. El escaso pelo que tenía era

blanco como la nieve, con algún que otro mechón gris. Sin embargo, me había dicho, años atrás había sido dorado. Era escuálido, de mediana estatura, y contaba con unos pequeños y vivarachos ojos marrones que miraban con simpatía y alegría a todo el que se le acercaba. En su delgado rostro siempre había dibujada una gran sonrisa, incluso en los momentos más difíciles, como aquel. Al abrir la boca para hablar, dejaba vislumbrar unos pequeños y amarillentos dientes, torcidos debido al paso del tiempo. Para mí, él no era un simple paciente; era lo más parecido que había tenido a una familia desde que mis padres murieron.

Cuando me vio llegar, sus alegres ojos brillaron de felicidad y me dedicó la mejor de sus sonrisas, como cada mañana. Sin embargo, me percaté de que estaba más cansado que ayer, al igual que ayer estaba más agotado que el día anterior. Fingí no darme cuenta, de modo que sonreí y le saludé, dejando a un lado mi nerviosismo.

- ¿Qué tal se encuentra hoy? – pregunté, al tiempo que le miraba los niveles de oxígeno.

- Estupendamente – aseguró, mientras observaba mis acciones con cierta curiosidad.

Siempre me contestaba lo mismo, sin embargo, yo sabía que rara vez decía la verdad. Cada día le costaba más hablar, así que preferí seguir haciendo mi trabajo en silencio para evitar que hiciera esfuerzos. Normalmente, manteníamos una animada charla. No resultaba difícil entablar conversación con él, pues era un hombre verdaderamente agradable. Además, me gustaba hacerle compañía en mis ratos libres, ya que no tenía a nadie más.

Tras haber terminado mi trabajo con él, fui a ver a mi siguiente paciente: Katya Vólkova. Era una de las pocas niñas que había ingresadas en esta UCI. Venía de Rusia; su familia se había mudado a Madrid hacía poco más de dos años, según me había contado. A pesar de que hablaba perfectamente el idioma, no era muy elocuente, pues tenía un fuerte acento del que parecía avergonzarse. Era delgada, de complexión ligera y de una palidez extrema. A primera vista, su pelo parecía tan blanco como la espuma del mar; había que prestar atención para percatarse de que, en realidad, lo tenía rubio. Sus ojos, de un azul tan profundo como el cielo en una tarde de verano, tenían una mirada fría, impersonal y condescendiente. También era increíblemente inteligente; siempre que trataba de contarle algo sobre mi trabajo se limitaba a lanzarme una mirada que dejaba claro que ya lo sabía.

Hice lo propio con Katya y con el resto de los pacientes; me alegré al ver que, a pesar de no haber mejorado, tampoco estaban más graves.

Al finalizar la jornada, hacia las once de la noche, salí del hospital y caminé hacia mi coche. Normalmente no acababa tan tarde, pero últimamente estábamos desbordados, y había días en los que apenas me daba tiempo de cenar y dormir unas pocas horas antes de volver al trabajo.

Cuando llegué a mi apartamento, las agujas del reloj me indicaron que la media noche se aproximaba. Me disponía a abrir la puerta cuando mi mirada se centró en un papel que estaba adherido a ella. Quien la hubiera escrito, había recortado distintas palabras de un periódico, y las había pegado formando frases. Llevaba recibiendo aquellas notas prácticamente desde el comienzo de la pandemia, y siempre llevaban mensajes de odio, invitándome, no muy amablemente, a abandonar el edificio y mudarme a algún sitio donde no pudiera contagiar el COVID-19 a mis vecinos. Esta vez, ni siquiera me digné a leerla; había sido un día muy duro, y no estaba de humor para dejar que estas sandeces me molestaran. Sin embargo, en el fondo, yo sabía que sí que me afectaban, y mucho. Cada vez que recibía alguna de aquellas notas, sentía que estaba un paso más cerca de desmoronarme. Reuní toda la paciencia y tranquilidad que pude y, lentamente, cogí el papel, lo hice añicos, abrí la ventana del descansillo y lo arrojé a la calle.

- ¿Un día duro? – preguntó una voz familiar a mis espaldas.

Me giré hacia mi vecino de enfrente, y tuve que esquivar el pico de la ventana para no abrirme la cabeza con él. Había olvidado cerrarla.

- No lo sabes tú bien – murmuré.

No me sorprendió verle allí a aquellas horas. Trabajaba como guardia de seguridad, y a menudo le tocaba quedarse hasta tarde. Me fijé en que tenía la mirada fija en mi puerta, desconcertado. Al percatarse de que me había dado cuenta, sacudió la cabeza, sonrió e hizo como si nada hubiera pasado.

- ¿Te encuentras bien? No tienes muy buena cara.

- Estoy cansada, eso es todo. Pensaba cenar y meterme en la cama – repliqué.

- En tal caso, que duermas bien – dijo amablemente, esbozando una sonrisa mientras abría la puerta de su apartamento y desaparecía tras ella.

Yo también entré en mi piso. Sonreí, pues no todo el mundo tenía la suerte de tener un vecino como Saúl. Ambos nos habíamos mudado a este edifico el mismo año, y éramos grandes amigos. Congeniamos desde el primer momento, pues teníamos la misma edad (poco menos de treinta años) y los mismos gustos.

Aquella noche me fui a dormir con una pregunta repitiéndose una y otra vez en mi cabeza: ¿Quién sería la persona que tan a menudo dejaba aquellas notas en mi puerta? En aquel momento no tenía respuesta para aquella cuestión, pero pensaba encontrarla de un modo u otro. Al salir del edificio por las mañanas, solía cruzarme con mi vecino de arriba, un hombre entrado en años. En lugar de saludarme, él se limitaba a apartarse de mí sin ningún disimulo. Desde el principio había estado en contra de que yo siguiera viviendo allí, y, por primera vez, me pregunté vagamente si sería él quien me dejaba los mensajes.

Al día siguiente, repetí la rutina que solía llevar a cabo todas las mañanas: despertarme, volver a dormirme, arreglarme a toda prisa para recuperar el tiempo que había perdido, ir al hospital y, por último, seguir el complejo procedimiento que teníamos que realizar antes de poder ver a nuestros pacientes. Siempre era la misma historia. Sentía que los días no pasaban. A veces, era como si no fuera yo quien controlaba mi cuerpo; hacía todos los movimientos de forma mecánica, pues siempre eran los mismos. La misma rutina todo el día, todos los días. Además, no había cambios con respecto a mis pacientes. Esto, en cierto modo, era bueno. Tal vez ninguno mejorara, pero al menos tampoco fallecía.

Sin embargo, ese día algo parecía diferente. Escruté la habitación y las camillas desde la puerta, tratando de entender qué pasaba. Finalmente, al no encontrar nada, me di por vencida. De nuevo, decidí comenzar la jornada visitando al señor Garrido. Me dirigía hacia su cama, pero me detuve en seco al ver que estaba vacía. Me convencí a mí misma de que se había curado y le habían dado el alta durante las horas en las que yo no trabajaba. Preferí no pensar en la alternativa. Sentí que alguien se situaba a mi lado, pero no le presté atención; me había quedado hipnotizada mirando la cama desierta de la persona de la que llevaba tanto tiempo cuidando. La voz de Valeria, la enfermera que cuidaba de él durante el turno de noche, me sacó del trance.

- Lo siento - musitó.

- ¿Que lo sientes? - dije con incredulidad - ¿Qué significa eso?

- Murió hace apenas una hora. Estamos desbordados de trabajo, y no hemos tenido tiempo de notificártelo. Lo siento, Diane. Sé que le tenías bastante cariño - tras decir esto, se fue, dejándome a solas con mis pensamientos.

Podría haber llorado, o haber reaccionado de alguna manera, mas todo lo que fui capaz de hacer fue quedarme ahí, petrificada, tratando de asimilar aquello.

Aquel día me sentí más vacía que nunca. Llevé a cabo mi jornada sin decir palabra, haciendo los movimientos sin pensar, como si un títere controlara mi cuerpo con unas gruesas cuerdas unidas a mí mediante complicados nudos.

Para terminar de hacer de esa jornada la peor de mi vida, al salir del trabajo descubrí que alguien había hecho una pintada en mi coche en la cual se podía leer claramente un mensaje de odio, aludiendo a mi condición de enfermera a mis posibilidades de contagiarme del virus y propagarlo. Suspiré, pensando que no podría aguantar mucho más tiempo soportando eso. No era la primera persona que recibía este tipo de acoso, por lo que en el hospital más de una vez nos habían animado a ir al psicólogo para poder lidiar con la situación que estábamos viviendo. "Qué consejo tan útil - solía pensar -. Como si tuviéramos tiempo para hacer algo, además que evitar que la gente se muera".

Al día siguiente, Saúl me ayudó a limpiar mi coche. Posteriormente, subimos hasta el piso en el que se encontraban nuestros apartamentos. Él ya había abierto la puerta del suyo, y desde el descansillo se podía ver el interior, en cual había una mesita y, sobre ella, un periódico. Estaba contándome algo, pero le interrumpí para decir:

- ¿Desde cuándo lees el periódico?

La pregunta pareció sorprenderle, pues su respuesta tardó en llegar. Comenzó a contarme algo sobre que se le había roto el ordenador y ya no podía ver las noticias por Internet. Pero yo ya no le escuchaba. Me había quedado petrificada mirando el periódico: le faltaban algunas letras. Mi mirada se posó en los ojos de Saúl.

- Eras tú - murmuré, incapaz de creérmelo.

Me miró desconcertado, sin entender de qué le estaba hablando.

- Las notas que he estado recibiendo. Eras tú.

- Diane… - empezó a decir, pero yo no le dejé terminar de hablar.

- ¿Por qué lo hiciste? – exigí saber, haciendo un esfuerzo por no llorar.

- Ya sabes que ando un poco mal de dinero últimamente y, bueno, tu vecino de arriba siempre te ha tenido manía. Me paga por dejarte las notas – confesó al fin, sin una pizca de remordimiento en su mirada.

Sin decir palabra, me di la vuelta y entré en mi piso. El odio que recibía por el simple hecho de trabajar en un hospital, todos los pacientes a los que había visto morir… Era demasiado, y no podía soportarlo.

La mañana siguiente en el hospital, al pasar por delante del almacén en el que se guardaba la morfina una idea se fue abriendo paso en mi mente poco a poco. Alguien se lo había dejado abierto. “Es tu oportunidad – dijo una vocecita en mi cabeza – ¿no querías acabar con todo?”. Sin pararme a pensar en lo que estaba haciendo, entré y cogí unas cuantas jeringuillas, suficientes para sufrir una sobredosis mortal. Las encondí como pude, y me dirigí al baño lo más deprisa que me fue posible. Una vez allí, cerré los ojos y, de nuevo sin plantearme si realmente valía la pena, me las inyecté, sumiendo mi mente en un inmenso vacío.

- Se está estabilizando – dice una voz, devolviéndome al presente.

Al mirar a mi alrededor, desconcertada, me percato de que me encuentro en una camilla de hospital, con un par de médicos a mi alrededor. Una pregunta aflora a mis labios, pero, antes de que pueda formularla, me explican:

- Valeria, la enfermera del turno de noche, te encontró hace unas horas en el baño. Nos has dado un buen susto, pero parece que te pondrás bien.

Dos meses después:

Mientras cojo el dinero para pagar al simpático repartidor que me ha traído la cena, me doy cuenta de que tiene la vista fija en un punto a mis espaldas. Sigo la dirección de su mirada, y veo una taza que me regaló un paciente hace un par de años, en la que hay un mensaje de agradecimiento por haber cuidado de él.

- ¿Eres enfermera? – me pregunta el chico, con un brillo de admiración en sus grandes ojos.

Asiento distraídamente, al tiempo que alargo el brazo para pagarle. Sin embargo, no soy capaz de terminar la acción, ya que él me detiene.

- ¿Sabes qué? Invita la casa. Gracias por todo lo que hacéis.

Cuando sale por la puerta, cerrándola, por fin soy capaz de salir de mi aturdimiento. Al comprender lo que acaba de pasar, soy incapaz de evitar que una sonrisa crezca en mi rostro. Aún queda esperanza en el mundo. Aún queda algo por lo que luchar y, quien diga lo contrario, se equivoca.